



MISIÓN SOCIAL DEL OFICIAL

Por FRANCISCO SINTES OBRADOR,
Comandante de Artillería del Servicio de Estado Mayor.

El actual momento histórico queda definido por la afloración de la masa al plano políticocial, en el que entra, igual que en Mecánica, como factor de aceleración. Los procesos actuales se caracterizan por su *rapidez* y por su *totalidad*. Se habla de guerra total y se ha llegado a preconizar la guerra por el "Imperium Mundi", como en los tiempos de Roma y Cartago, con la diferencia de que el mundo ya no está reducido a la cuenca del Mediterráneo, sino que abarca a todos los Mediterraños y Océanos. El problema social reclama igualmente la necesidad de soluciones totales.

Ante estos hechos, pensadores de diversos matices vuelven sus miradas a períodos históricos en que la vida se vivía íntegramente, totalmente. En una intuición de paralelismo histórico, de Berdiaeff a Huizinga, se vuelve a hablar de Edad Media, y Carrel, tras haber querido descifrar la incógnita del hombre, llega a la conclusión de que una minoría inteligente y entregada de lleno a una tarea políticocial, podría ejercer una in-

fluencia decisiva sobre la masa acéfala que inunda todos los sectores de la vida, e imprimir a ésta un nuevo rumbo.

Por lo que al Ejército se refiere, el efecto de la incorporación de la masa, producto indudable de la Revolución francesa, ha producido a su vez una auténtica revolución, cuyas consecuencias, con ser enormes en el campo de la acción táctica, donde adquieren verdadera trascendencia es en el de los procedimientos de reclutamiento, que han variado sustancialmente.

Los Ejércitos de las Monarquías del siglo XVIII estaban constituidos por mercenarios que luchaban sin identificación posible con las motivaciones políticas de que las guerras eran resultado, las cuales reconocían su origen en pleitos de las Dinastías, encarnación absoluta de los Estados. No se podía tener plena confianza en tales tropas. Maquiavelo, en su "Príncipe", había proclamado que un Estado fundado sobre armas mercenarias no estaría nunca firme ni seguro:

“Porque son despegadas, ambiciosas, sin disciplina, infieles..., y no tienen otra razón que las sostenga que el estipendio.” Para mantener la cohesión de unidades constituídas con tales elementos se trataba de infundirlas una rigurosa disciplina, que, al no basarse más que muy ligeramente en valores morales, se traducía más bien en un complicado aparato en las formas externas: las formaciones.

Federico II fué un precursor de los nuevos tiempos. Soberano de un pequeño Estado con malas fronteras y vecinos difíciles, acudió a la reforma del sistema de reclutamiento como base necesaria para obtener la deseada fortaleza de su Ejército. El reclutamiento en Prusia no era exclusivamente mercenario, sino sólo en un tercio, mientras que en los dos tercios restantes procedía de las levas efectuadas en los cantones en que dividió al país. Sobre esta base, el precursor de Napoleón asentó sus reformas militares; pero sus imitadores sólo acertaron a ver el aspecto externo de su obra y fracasaron en las limitaciones, sumiendo al arte militar en un período de amancebados convencionalismos, que duró hasta la Revolución francesa.

Esta había de trascender pronto a los modos de hacer la guerra. Ante la invasión extranjera, que amenazaba, más que el territorio físico de Francia, la existencia del nuevo régimen y sus formas políticosociales, los partidos populares, tanto como el Gobierno, comprendieron que no existía posibilidad alguna de arreglo con la coalición enemiga y acudieron en grandes masas a defender, al grito de “la Patrie est en danger”, sus conquistas recientes.

La lentitud de los prusianos dió tiempo a que el fondo patriótico latente en el movimiento francés pudiera imponerse a los errores revolucionarios que minaban la disciplina del naciente Ejército. Y el Ejército de Valmy ya no fué el caótico conjunto de los primeros días de la Revolución. Tampoco se parecía en nada a los Ejércitos europeos de aquella época, y esto es lo que marca la entrada en un nuevo período histórico. Nace en aquel momento un nuevo concepto del Ejército, en el que la masa nacional se incorpora a la tarea política del Estado mediante el acto de fuerza de la guerra. La organización que la encuadra es el Ejército.

A estos nuevos soldados no es necesario — ni tampoco posible — imponer las rígidas formaciones tácticas que eran precisas para encuadrar a los mercenarios. La táctica de estos nuevos combatientes es elemental e intuitiva: odian al enemigo y se lanzan a destruirlo por el camino más corto.

No es difícil imaginar el efecto de tales masas —superados los iniciales desastres— sobre las tropas prusianas, ordenadas como para una partida de ajedrez y acostumbradas a evolucionar con aire de “minutte”.

Los prusianos no pueden parar el impulso brutal de esa masa vociferante que se infiltra entre sus rígidas formaciones, y en Valmy una simple escaramuza da fin a toda una época de la Historia al dejar triunfante a la Revolución.

Es curioso observar cómo las consecuencias militares y políticas de los hechos de armas no están generalmente de acuerdo con la importancia táctica de los mismos. Goethe, espectador desde las filas prusianas de la acción de Valmy, comprende toda la importancia de la pequeña escaramuza al exclamar: “Hoy, aquí, ha empezado la nueva Historia.”

Ha empezado también la nueva Historia del Ejército; pero todavía será preciso que venga el genio militar de Napoleón para llevar la naciente creación a sus últimas consecuencias. Su sistema político, que jamás goza de otro equilibrio que el de la peonza, se traduce militarmente en una estrategia ágil, para cuya realización se precisa una alimentación constante de material humano.

De la *levée en masse* con que la Revolución resuelve su crisis exterior, solución que aparece como momentánea, pero que encierra en sí todos los elementos del cambio, se pasa a realizar y consolidar este cambio, que implica la participación *total* de la nación en las tareas del Ejército.

Ni las diferencias en la táctica ni los progresos de la técnica tienen una trascendencia tan grande como el hecho de que con el servicio universal obligatorio, característico de los Ejércitos modernos, la totalidad de los hombres de la nación pasan en el Ejército una época de su juventud dedicados a prepararse para la común defensa de la Patria. Por encima de los particularismos individuales, el Ejército aparece como un órgano integrador de la totalidad de esfuerzos de la nación. La gran virtud del servicio tiene en él su ejecutor y su cauce, su obrero y su obra, a la vez. ¡Qué gran distancia separa los Ejércitos nacionales de la actualidad de los Ejércitos mercenarios del siglo XVIII! De la comparación de unos y otros podrían sacarse infinitas consecuencias; pero nos interesa hacer notar ahora solamente las que se relacionan con la misión de los Oficiales. Ellos son, en definitiva, los depositarios permanentes de las virtudes y de las tradiciones que constituyen el *ser* mismo del Ejército.

Y ellos son, además, los encargados de inculcar estas virtudes en la masa del pueblo, que ante ellos desfila en las distintas generaciones de reclutas, para elevar sus valores morales, tanto como para instruirle en su técnica peculiar.

Es evidente que el Oficial cumple no sólo la misión de instruir, sino también la de educar a sus soldados, y si es una realidad que no es el único educador de la nación, también es indudable que las condiciones de su actuación y los medios de que dispone para ella le hacen ser, casi con seguridad, el que de una manera más firme puede dejar impresa una favorable huella formativa en la juventud **toda** de su tiempo. Quizá no se ha meditado lo suficiente sobre este interesantísimo aspecto de la misión del Oficial.

Aun a sabiendas de que no completa totalmente este propósito, queremos recordar hoy la obra interesantísima a este respecto del Mariscal Lyautey. Siendo Lyautey Capitán de Caballería allá por el año 1891, publicó en la "Revue deux Mondes" un interesante estudio bajo el título: "De la función social del Oficial en el servicio universal". Recogido luego en el libro "La letra y el espíritu", de él son las siguientes palabras: "Desde la aplicación integral del servicio obligatorio, desde ayer casi, toda la nación, sin excepción, de los veinte a los veintidós años pasa por sus manos (del Oficial); nadie se libra de hacerlo. Ya no se trata aquí de tal o cual grupo de trabajadores; todos, obreros manuales e intelectuales, letrados e ignorantes, propietarios y jornaleros, son, durante un período de su vida, materia en la que dejan su huella un Teniente, un Capitán, un Coronel.

"A este hecho enteramente nuevo—hecho revolucionario en el sentido exacto de la palabra—debe responder forzosamente una amplitud de la misión del Oficial, de la que ni él mismo quizá se ha dado exacta cuenta; de la que, en todo caso, parece que los demás no han comprendido nada."

Y después:

"Parece uno oír ya las fáciles agudezas que se le ocurrirán a la gente acerca de la transformación del Oficial en apóstol, predicando a sus hombres el amor y la paz, en lugar de enseñarles la equitación o el tiro. No se trata, digámoslo, de nada que se parezca a esto; tal acción no se realiza con discursos ni con conferencias; es la consecuencia sencilla, pero fatal, de un estado de espíritu: que los Oficiales estén bien penetrados de su deber social, que sientan esta preocupación constante en el ejercicio de su profesión; bastará esto para que aparezca el ejercicio de la profesión

absolutamente transformado, pero sin perder una exigencia ni una severidad."

Estas dos citas parecen suficientes a nuestro empeño, que no ambiciona tratar por extenso tema tan rico, sino solamente recordar su existencia y fijar una posición de partida a las soluciones individuales. Parece, además, que en ellas se contiene lo esencial del pensamiento de Lyautey, a saber: una idea clara de la misión que socialmente incumbe al Oficial, y otra no menos clara sobre la forma de llevarla a cabo.

Por la primera vemos que, por propia vocación, el Oficial es llamado a formar parte de esa minoría abnegada, a la que Carrel asignó una tan importante misión en la tarea—que se nos aparece hoy crudamente en toda su inmensa magnitud—de encauzar la evolución de la Humanidad, evitando que sus poderosas fuerzas expansivas se resuelvan en una ecuación de negaciones por haber perdido el sentido de orientación.

Por la segunda, vemos cuál ha de ser la preparación del Oficial que le capacite para tan alta como abnegada misión. Es esencialmente una autopreparación. El Estado podrá poner a contribución sus poderosas fuerzas para darle medios y proporcionarle un clima propicio a su trabajo; pero nada se conseguirá sin que sea el propio Oficial quien, dándose cuenta de la altura de su papel social, se prepare con entrega absoluta para estar, a su vez, a la altura de su misión.

Creemos que quien se plantee sinceramente este problema, antes de resolverse a la acción tratará de penetrar profundamente el sentido total de su *misión*.

Y como "para comprender algo históricamente es menester tener dentro un esquema de perfil nítido que, superando la aspereza de un momento determinado, se refiera a un principio clave y trascendente (1)", y "es inútil tratar de entender lo social si no es en función del hombre (1)", deberá tener muy presente que "toda concepción del hombre que pretenda absorberlo en una organización social, sin un ordenamiento hacia la Verdad trascendente, no logrará más que hacer girar al hombre en torno de sí mismo (1)".

La historia contemporánea es tan elocuente al expresar la relatividad del valor de las concepciones sociales realizadas al margen del anterior principio, que no vacilamos en considerarlo como punto de arranque de todo el que se plantea seriamente el problema de su misión social.

(1) Juan Carlos Goyeneche: "Rumbo peligroso". "Revista de Estudios Políticos".